

Ofertas raras á museos

El hombre petrificado.—La muela de Roosevelt.—La gallina con cara de persona.—La manzana de Adán y Eva.

Los museos reciben con frecuencia extraños ofrecimientos. Hace algún tiempo llegó al Museo de Historia Natural de Nueva York, una carta que decía lo siguiente: "Mi marido está petrificado. Llevaba dos años enterrado, y al exhumar sus restos le hemos encontrado convertido en piedra. Si el museo no quiere comprármelo como ejemplar curioso, lo venderé como fosfato. Nunca me sirvió de nada en vida y ahora quiero sacar algún producto de él vendiéndolo como ejemplar de museo ó como fosfato para abonar las tierras". El museo agradeció la oferta, pero no la aceptó, y el pobre difunto habrá servido á estas horas de fertilizador de algún sembrado.

El director del Instituto Carnegie de Pittsburg, recibió una carta del barbero oficial del emperador Guillermo ofreciendo una colección completa de cabellos de todos los miembros de la familia imperial alemana. Sus aspiraciones eran modestas: no pedía más que setenta y cinco mil duros por la colección, pero aseguraba bajo palabra de caballero que los cabellos ofrecidos eran legítimos, y que cada mechón llevaría su correspondiente etiqueta con el nombre del personaje á quien había sido cortado.

Un joyero montó una muela de Teodoro Roosevelt, en oro, y la rodeó de diamantes con ánimo de vender la "joya" al Museo Metropolitano de arte, ó á la colección particular de Pierpont Morgan, pero tuvo que contentarse con exhibirla en el escaparate de su tienda para atracción de los curiosos.

Si los museos aceptasen todo lo que les ofrecen tendrían que declararse en quiebra, aunque los ejemplares fueran gratis, á consecuencia de los gastos que originaría la construcción de vitrinas y locales para exponerlos.

Un neoyorkino gracioso ó tal vez convencido, ofreció á un museo de su patria la manzana auténtica con que Eva tentó á Adán. La bíblica fruta tenía dos mordiscos y estaba petrificada. El vendedor se hallaba dispuesto á ceder tan importante documento histórico por el precio de cincuenta mil duros.

Una mujer se presentó en cierta ocasión en un museo á vender lo que ella llamaba "un escarabajo, ó cucaracha petrificada que, según había oído, era muy antiguo y valioso", y al fin resultó que el escarabajo era un trocito de cuarzo que afectaba la forma del insecto. La vendedora se retiró muy desconsolada, creyendo que la engañaban, y decidida á hacerse un broche con el escarabajo.

Un campesino de Indiana ofreció al Museo de Historia Natural una gallina que conservaba en alcohol, y que tenía cara de persona. El director del Museo quiso ver el extraño fenómeno, y en cuanto se lo presentaron comprobó que la tal gallina no ofrecía más particularidad que la de no haber segregado tejido córneo como las gallinas normales, careciendo, por lo tanto, de pico y de uñas. La falta de pico le daba, en efecto, un aspecto extraño, pero naturalmente no tenía cara de persona.

Hay gente que cree que los Museos de Historia Natural son museos de fenómenos, y así sucede que

constantemente reciben ofertas de caballos de ocho cascos, terneras de dos cabezas, cerdos de ocho patas y pollos de seis. Otras veces las ofertas son de objetos petrificados, cuyos poseedores creen que valen millones, y cuyo valor real no pasa de algunas pesetas.

El jefe de la sección de geología de un museo de Europa recibió una vez la visita de un hombre al parecer inteligente, que iba á ofrecer una piedra ó, mejor dicho, un trozo de madera solidificada que tenía una forma particular, pero el visitante no iba á ofrecerlo como madera ni como piedra "Esto es un hígado—decía.—Usted lo llamará un hígado animal, pero yo sé que es un hígado humano, ó, al menos, un hígado de mono. Pertenece á un primate. Es uno de los hallazgos más importantes que se han realizado en muchos años, porque prueba la antigüedad de la raza humana, cuya existencia data de mucho más antiguo de lo que se cree."

El geólogo trató de convencer al visitante de que lo que traía era un trozo de madera, y no un hígado petrificado, pero como sus argumentos no lograron nada concluyó por mandarle con el hígado á otra parte.

El Museo Nacional de Washington recibió hace años la oferta de una mascarilla que el vendedor consideraba como la mascarilla original de Lord Palmerston, agregando que en dicha mascarilla había algunos pelos de la barba del difunto, que habían crecido en el transcurso del tiempo, según podían afirmar testigos de la mayor confianza.

A veces logran entrar en los Museos ejemplares que no tienen nada de notable, y que sólo sirven para hacer reír á los entendidos. Así, por ejemplo, los hombres de ciencia se burlan de la famosa "mujer de cobre" que se exhibe en uno de los principales museos de Nueva York, y que causa el asombro del vulgo. La mujer de cobre se exhumó en una mina de dicho metal, y no es sino un esqueleto conservado por la acción de las sales de cobre.

Hace bastantes años, el Ayuntamiento de una ciudad del Occidente de los Estados Unidos acordó formar un museo, y destinó una parte del edificio á este propósito, nombrando un director que se encargó de coleccionar y catalogar los ejemplares, abrir la puerta, hacer de guía, barrer las salas y quitar el polvo. La población, aunque era entonces pequeña, crecía rápidamente, y el director tomó el cargo porque sabía que con el tiempo tendría un museo espléndido, pero pasaban días y no se presentaban ejemplares que ofrecer á la contemplación del público, con gran disgusto del funcionario, hasta que al fin una mañana llegó un hombre con un gato y una rata secos. Persiguiendo á la rata el gato, se habían metido ambos animales en el tubo de aire caliente de un horno, y se habían secado por completo. Afortunadamente para la paz de su conciencia, el director del museo vió el lado cómico de la oferta, y expuso en una vitrina los dos animales secos. Hoy los enseña á los visitantes con el mismo gusto que el mammut auténtico y que el *Ichthyosaurus ornithorhynchus*.